

Cleofé Tato

*Vida y obra de
Pedro de Santa Fe*

1999

Índice

Introducción	11
1. Vida	23
1.1. Cuestiones previas	23
1.2. Los orígenes	26
1.3. Formación	34
1.4. Santa Fe adulto.....	43
1.4.1. Empresas como bibliófilo.....	50
1.4.2. La expedición italiana	57
1.4.3. El retorno a la Península	69
1.5. Relaciones de Santa Fe	72
1.5.1. Las damas de su poesía.....	74
1.5.1.1. Timbor de Cabrera	74
1.5.1.1.1. Margarita de Prades	85
1.5.1.2. Otras mujeres	89
1.5.2. Otras relaciones	97
1.6. Fin de su actividad.....	110
2. Obra	113
2.1. Cuestiones previas	113
2.1.1. Algunas precisiones sobre el nombre del autor ...	113
2.1.2. La obra no castellana	120
2.1.3. Fuentes	125
2.1.3.1. Imprecisiones y errores.....	126
2.1.3.2. Manuscritos que transmiten su obra	131
2.1.3.2.1. <i>Cancionero de Palacio</i>	132
2.1.3.2.2. Otros cancioneros.....	147
2.2. Inventario	149
2.2.1. Algunas tentativas	149
2.2.2. Textos perdidos	154

2.2.3. Textos conservados.....	159
2.2.3.1. Poemas de atribución segura	159
2.2.3.1.1. Poemas atribuidos sólo a Santa Fe	162
2.2.3.1.2. Poemas de atribución múltiple.....	165
2.2.3.2. Poemas de atribución dudosa.....	167
2.2.3.2.1. Poemas anónimos que siguen a piezas de Santa Fe	168
2.2.3.2.1.1. ID 2491 “Forçada soy de maldezir”	173
2.2.3.2.1.2. ID 2505 “Adeus miña boa senyor”	179
2.2.3.2.1.3. ID 2710 “No siau tal pux conoxeu”	181
2.2.3.2.1.4. ID 2716 “Si mi corazon penso” ..	189
2.2.3.2.2. Poemas anónimos que preceden a piezas de Santa Fe.....	190
2.2.3.2.2.1. ID 2693 “Amigo si gocedes”	190
2.2.3.2.2.2. ID 2673 “Deseando algun reposo”	191
2.2.3.2.3. Otros supuestos	192
2.3. Cronología.....	193
Bibliografía	223

Introducción¹

Pedro de Santa Fe es generalmente, cuando se le cita en los manuales de historia de la literatura, un nombre entre tantos: uno de los muchos autores que figuran en los cancioneros del siglo XV. Ni el considerable número de sus poemas, ni la variedad temática que en ellos despliega han servido para atraer la atención de la crítica; sin embargo, en el XV debió de ser un autor apreciado y conocido, a pesar de que hoy apenas algunos indicios permiten suponerlo.

En este sentido, es necesario precisar que este olvido responde al desinterés hacia la poesía cancioneril que ha venido caracterizando hasta nuestro siglo los estudios literarios. Ya entre los eruditos dieciochescos se detecta cierta falta de sensibilidad, motivada, seguramente, por ese “ambiente dogmático del retoricismo del s. XVIII que consideraba la Edad Media como una edad bárbara desprovista de gusto y de literatura” (Sainz Rodríguez 1989: 119). Como ejemplo de tal actitud, puede citarse a Luis José Velázquez, quien al tratar de la época de Juan II, aun reconociendo los avances que se producen en la poesía con relación a centurias anteriores, afirma que en “un siglo tan rudo,

¹ Aun cuando omita la relación explícita de sus nombres, que sería extensa, quiero dar las gracias a cuantos, durante las distintas etapas de la preparación de este libro, me prestaron su auxilio haciéndome llegar noticias y bibliografía a las que no hubiese accedido con facilidad. Especialmente agradezco la ayuda de Carmen Parrilla, directora de mi tesis doctoral, de parte de la cual procede este volumen, y a los miembros del tribunal que con tanta benevolencia la juzgaron: Mercedes Brea, Nicasio Salvador Miguel, Vicenç Beltran, Joaquín González Cuenca y Alan Deyermond. Destacaré mi reconocimiento hacia Vicenç Beltran, que enriqueció estas páginas con sus anotaciones y me ha animado con sus juicios; y, sobre todo, hacia Alan Deyermond, que siguió toda mi investigación, leyó atentamente varios borradores y, con enorme paciencia, soportó mis consultas y mis errores, siempre destacando lo positivo y minimizando lo negativo. Finalmente, no puedo obviar la enorme deuda de gratitud que he contraído con Ignacio Pérez Pascual, sin cuyo apoyo y aliento no hubiese podido concluir este trabajo.

y en que eran tan poco conocidas y estimadas las buenas letras, no se podían esperar mayores adelantamientos en nuestra poesía” (1797: 51)². No obstante, a ese mismo período pertenecen las obras de Martín Sarmiento y de Tomás Antonio Sánchez, quienes, con marcado interés historicista, se centran, sobre todo, en la búsqueda de datos; sus juicios son más objetivos y no se aprecia esa plétora de descalificaciones y rechazos hacia la poesía cancioneril (véase Sarmiento 1988 y Sánchez 1779, I: 1-219).

En el siglo XIX, cuando ya el contexto que había creado y explicaba aquellos textos quedaba todavía más lejos, arrecian los ataques contra autores y obras cancioneriles del XV. A principios de siglo Friedrich Bouterwek señala que en los cancioneros abundan las composiciones amorosas, pero que

para leerlas todas sería necesario un esfuerzo extraordinario, pues nada hay que las iguale en monotonía. El grande arte de los poetas eróticos de aquel tiempo, se reducía á presentar una idea bajo todos los aspectos de que era susceptible, estenderla, alambicarla, y no abandonarla hasta despues de haber agotado todos los modos de repetirla, porque creían firmemente que se esplicaba tanto mejor un afecto, cuanto mas se repetía (1829: 37).

En esta misma línea cabría situar también las distintas consideraciones de George Ticknor, quien, a lo largo de su obra, manifiesta constantemente su rechazo hacia la lírica cancioneril; así, a propósito del *Cancionero de Baena* dice: “De verdadera poesía, si exceptuamos algunas piezas cortas [...] apenas contiene vestigios”, y del *Cancionero general* afirma: “En una palabra, la colección, tomada en globo, es cansada y monotoná” (1851, I: 460 y

² También puede mencionarse el testimonio de la segunda edición de *La Poesía* de Ignacio de Luzán, en donde se lee: “la poesía vulgar, que al principio fue muy inculta y desaliñada, [...] después se fue puliendo y mejorando poco a poco, especialmente en tiempo de don Juan el II; bien que los asuntos amorios en que se ejerció la mayor parte de los muchos poetas que entonces hubo [...] se vistieron de conceptos e ideas metafísicas y sutilezas ingeniosas; pero sin arte alguno, sin crítica y sin verdadera elegancia” (Sebold 1977: 138-139).

476)³. Mas, a pesar de estas valoraciones negativas, debe recordarse que en ese mismo siglo XIX se transcriben un buen número de manuscritos del XV y que ésta es también la época en que ve la luz la primera edición de diversos cancioneros: no podía ser de otro modo en un momento en que la Edad Media y su literatura ejercen una fuerte influencia⁴. Asimismo, hay que mencionar el esfuerzo bibliográfico de Bartolomé José Gallardo (1889), que, por fortuna, alcanza a la poesía del XV⁵.

Tampoco puede pasarse por alto la figura de Marcelino Menéndez Pelayo, que, aunque presta una enorme atención a aquella literatura, mantiene una actitud negativa, especialmente en lo que concierne a la poesía amorosa⁶; Keith Whinnom nos ofrece una significativa selección de sus juicios sobre el *Cancionero general*: “versificadores débiles y amanerados”, “triviales e insulsas galanterías”, “insípida y artificial galantería”, “la cuenta de sus autores, extraviada por el mal gusto”, “tan depravado gusto”, “de más interés histórico que poético”, “el convencionalismo a que todos ellos rendían parias”, “poesía artificiosa y amanerada”, “ausencia de verdadero pensamiento”, “fárrago de versos muchas veces medianos” (1981: 9). Quizás sea la visión de José Amador de los Ríos la que denote una menor carga de prejuicios en esta centuria⁷.

Tras tan prolongada negación de los valores estéticos de la poesía del XV, era de esperar lo ocurrido en la primera mitad del

³ Son éstas dos muestras de las muchas que podrían ser espigadas, ya que una y otra vez evidencia su disgusto ante esta producción —si bien determinados poemas merecen su aprobación desde el punto de vista estético.

⁴ Entre las ediciones de textos, cabe destacar la de Eugenio de Ochoa del *Cancionero de Baena* (Pidal 1851), la llevada a cabo por el Marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón del *Cancionero de Estúñiga* (1872) y la edición parcial del *Cancionero de Palacio* de Alfonso Pérez Gómez Nieva (1884).

⁵ Además de los valiosos datos que este trabajo proporciona, también aporta la edición de algunos textos.

⁶ Una muestra de su interés es su *Antología de poetas líricos castellanos* (1944-1945), en la que da cabida a no pocos textos cancioneriles.

⁷ Tal es la valoración que hace Brian Dutton (1990-1991, I: vi).

XX; como recuerda Whinnom, la lírica cancioneril fue condenada por “gran número de los mejores críticos españoles de este siglo” (1981: 11)⁸. Quizás en esta condena inicial haya pesado el desánimo de los investigadores que, ante la extensa nómina de poetas –muchos de ellos totalmente desconocidos– y la intrincada selva textual de manuscritos e impresos, optan por centrarse en la obra de unos cuantos escritores, de manera que “muchísimos poemas líricos no sólo dejaron de estudiarse, sino que ni tan sólo se leyeron” (Deyermond 1991: 235).

Explicadas las condiciones y prejuicios que han rodeado los estudios acerca de la poesía del XV, es comprensible que la vida y la obra de Pedro de Santa Fe no hayan despertado un gran interés. No obstante, son varios los investigadores que han coincidido en resaltar su importancia.

Amador de los Ríos fue el primero que se aproximó a su figura, avanzando acertados juicios. Afirmaba sobre él: “Digno es entre todos [los poetas de “clases menos elevadas” pertenecientes a la corte de Alfonso V] de singular consideración” (1969, VI: 457); de forma general, lo encuadra en la escuela provenzal, entre los poetas aragoneses de la corte del Magnánimo (1969, VI: 421-488). Pero no se queda en esta catalogación tan amplia, sino que lleva a cabo un breve estudio sobre sus peculiaridades estilísticas (véase 1969, VI: 464). Llama la atención, incluso, sobre alguna pieza concreta; acerca de ID 2635 “Mi señor, / mi rey, mi salut et mi vida” opina⁹:

Por el momento en que se escribe, por las ideas que revela, y por las formas literarias y artísticas de que se exorna, merece este diálogo

⁸ A los diferentes testimonios que él recopila pueden agregarse otros igualmente sabrosos; así Julio Cejador, refiriéndose a la época de Juan II, concluye que “Poca verdadera poesía se halla en cuarenta y siete años, a pesar de los 218 poetas que contó Amador de los Ríos” o que “lo demás [ahí incluye la poesía cancioneril] son jugueteos y remedos de artes extraños, pesadumbre de estantes, broza de bibliotecas” (1933, I: 10 y 11).

⁹ Me sirvo para citar cancioneros y composiciones del sistema de referencias establecido por Dutton y de sus transcripciones (1990-1991); no obstante, en las lecturas de Santa Fe utilizo mi propia edición (Tato 1997b).